

DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

D. RAMÓN D. PERÉS

EL DÍA 16 DE FEBRERO DE 1913



BARCELONA

IMPRENTA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD

CALLE DE MONTEALEGRE, NÚM. 5

1913

DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

D. RAMÓN D. PERÉS

EL DÍA 16 DE FEBRERO DE 1913



BARCELONA

IMPRESA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD
CALLE DE MONTEALEGRE, NÚM. 5

1913

VERDAGUER

y

LA EVOLUCIÓN POÉTICA CATALANA

Señores Académicos:

Aunque deseara yo dar alguna originalidad á las primeras palabras que he de dirigiros, y que no sin turbación oigo resonar en este augusto recinto, la costumbre habría de salirme al paso con aire inexorable para decirme que ella me da ya hecho ese comienzo que en vano me esforzaría en inventar. Vosotros y yo sabemos perfectamente lo que ha de constituir el exordio de éste y de todos los discursos semejantes al que debo leeros: una protesta de mi notoria insuficiencia para recibir el honor que me habéis dispensado al dignaros oirme y contarme entre los vuestros, y un elogio á mi ilustre antecesor, cuya vacante vengo á ocupar gracias á vuestra benevolencia. Todo esto es lo que han dicho, antes de mí, cuantos noveles académicos ha habido en el mundo, y de puro repetido pienso que acaso os parezca ya hueca y cansada palabrería. Yo no quisiera tener que insistir demasiado en la extrema penuria de mis méritos para evitar que se os ocurriera la idea de que, pues vuestros votos me han sido otorgados, no he de empeñarme más de lo justo en afirmar que fué equivocación grandísima la vuestra y que votasteis mal pudiendo hacerlo bien. El juicio que cada uno tenga formado de sí mismo, aun ciñéndose á lo que la modestia exige, vale tan poco al lado del ajeno que casi no me

atrevo á contradeciros, para que no parezca que discuto uno de vuestros actos. No he de hablaros, pues, de mí más que para inclinarme ante vuestra bondad, profundamente agradecido.

Y este agradecimiento, señores, ha de ser aún mayor si considero que he sido llamado á suceder, en esta antigua é ilustre Academia, al más famoso poeta catalán de los tiempos modernos, á uno de los más admirados entre los que ha producido España. Yo sé que no he de vanagloriarme porque vuestra elección me haya dado á tal predecesor. La misma desproporción que existe entre su gloria esplendorosa, nacional, y mi obscuridad de hombre solitario y voluntariamente retraído, tiene la inmensa ventaja de excusar palabras inútiles. Jacinto Verdaguer, como todas las grandes figuras, es único, y no tiene, no puede tener verdadero sucesor, ni en el campo florido de la Poesía, ni en la histórica Academia de la que fué honra y ornato altísimo. Por esta única razón creo que me habéis elegido para ocupar su vacante: porque, á pesar de haber cultivado yo paralelamente, durante toda mi vida, dos ramas de la literatura castellana, una la de la Poesía y otra la de la Crítica, podemos todos, sin gran esfuerzo, prescindir de la primera, que ignoran muchísimos, para atender sólo á la segunda, que conocen ya algunos más, y así afirmar que á Jacinto Verdaguer únicamente ha venido á sucederle aquí uno de tantos alumnos de los muchos que estudian perpetuamente, con más ó menos fortuna, el inmenso libro de la Crítica literaria, siempre hojeado uno y otro día, siempre fervorosamente leído, y siempre lleno de grandes é indescifrables problemas y misterios.

Por otra parte, la misma circunstancia de que mis libros hayan sido escritos en castellano, no por capricho, sino con el derecho que dan el nacimiento y la primera educación maternal, aleja toda idea de comparación entre el maestro ilustre que fué mi bondadoso amigo, desde los tiempos de mi adolescencia, y quien, por azares de la suerte, tiene hoy el gratisimo deber de elogiarle. Tan de lo hondo de mi corazón ha de salir este elogio que aquí sí que la costumbre se aviene por completo con mi más ferviente deseo, y el exordio pugna por convertirse en substancia de todo este discurso, haciendo de él un simple panegírico; mas algo he de apartarme de ello para fijarme en ciertas relaciones de Verdaguer con tendencias literarias de su época y de la nuestra, pues sé que por mucho que yo dijera en elogio del poeta habría de tropezar siempre con el inconvenien-

te que ofrecen los grandes hombres en quienes los méritos no son del dominio exclusivo de los del oficio, sino que han sido premiados con la popularidad: todo está dicho acerca de ellos, y hasta el aplauso parece ya haberse agotado por cansancio. Y he aquí por donde he de defraudar yo vuestra esperanza: el verdadero, el definitivo elogio que Verdaguer merece no ha de brotar hoy de mi pobre pluma, porque mil veces ha sido ya formulado por todo un pueblo, y el eco lo ha ido repitiendo con complacencia hasta los más apartados países, como se propagan y engruesan las olas nacidas en nuestro Mediterráneo, sin que nadie sepa en que playas irán á morir. Desde que vi á Jacinto Verdaguer triunfando magníficamente en aquellos Juegos Florales de 1877, que le proclamaron grandísimo poeta épico cuando yo era poco más que un niño, le he seguido durante los mejores años de mi vida, aplaudiéndole y viendo como se le ensalzaba en catalán, en castellano y en varios idiomas extranjeros. No estábamos en aquella época acostumbrados á ese carácter persistente y serio de internacionalismo que daba Verdaguer á la poesía catalana, á aquél fruto del terruño cuyos méritos veíamos analizados con entusiasmo en los grandes idiomas europeos. Y los que amábamos la poesía natural y genuina de Cataluña, deseando cordial y desinteresadamente su engrandecimiento, por amor á la tierra tanto como por amor á la belleza, á la sinceridad y á los fueros siempre respetables de todo lenguaje, veíamos con enternecimiento que lo que nació á nuestro lado traspasaba con gloria las fronteras y sostenía enhiesta la bandera de un pueblo con que muchos no contaban ya. Porque no basta que lo bueno que aquí se produzca quede reservado para nuestro egoísta regalo: la sanción más halagüeña y firme la obtiene cuando no son los hijos de esta tierra los que la pronuncian, sino aquéllos á quienes no puede cegar el amor patrio. La gratitud que á Jacinto Verdaguer debe Cataluña en este concepto no puede pagársele ni con el monumento que aún no posee más que en el corazón de sus admiradores, pero que parece va á ser, por fin, tangible realidad.

Epico, lírico, místico á la usanza española, de los de rancio abolengo, y no, precisamente, de los de casta novísima, Verdaguer ha sido la primera, la principal columna de un edificio laboriosamente levantado, que simboliza la resurrección de un pueblo, no limitada ya á la esfera de la poesía, sino abarcando otras muchas que pueden, que deben influir en la vida total

española, resurrección que está afirmando constantemente el derecho de que en ella fijen su atención cuantos estudian la marcha del pensamiento en estas tierras menos conocidas de lo que merecen. Para determinar su compleja personalidad, Cataluña comenzó cantando, como los países jóvenes, sus nostalgias, sus sueños de grandeza, y ha acabado por hablar en prosa lisa y llana, pero llena de ideas, y no ya sólo en una, sino en dos lenguas: la propia y la aprendida, según le han exigido los impulsos de su corazón ó sus aspiraciones, según le permiten su educación y las mezclas que hay en su sangre de pueblo abierto y receptivo, no encerrado en sí mismo como dentro de un círculo de montañas. Quien ahora os dirige la palabra siente más, por circunstancias personales, ese aspecto universal de la poesía verdagueriana que el otro que ofrece de carácter local y puramente de origen campesino y catalán por los cuatro costados; pero es grato ver como siendo tan hijo del propio terruño se llega á ser europeo, y como el mejor camino para llamar la atención del mundo es la afirmación constante y decidida de la propia personalidad, sin tomar de las ajenas más que lo estrictamente necesario para no pasar por hombre inculto. De ahí que el localismo y el universalismo no sean dos enemigos irreconciliables más que para ciertos cerebros harto estrechos, y que el Verdguer de los campos y de las costumbres catalanas haya podido ser también el poeta que á todos ha interesado, aunque no hubieren nacido en los confines de Cataluña, porque lo grande lleva en sí propio el pasaporte que le da fácil entrada en todas partes, sea el que fuere el sello de origen que lo distinga.

Pero este sello de origen nos interesa sobremanera en Verdguer, porque en él están todos los signos característicos de la raza: el vigor mezclado con la dulzura; cierto nativo encogimiento unido á grandes y ocultos tesoros de energía; los tenaces amores del campesino junto al secreto afán de alzar el vuelo y de buscar en el ancho mundo campo adecuado á la curiosidad, á las ideas ó á las ambiciones, que cada uno cifra en lo que considera más digno de su esfuerzo; el amor á la patria hermanado con el amor á la religión, la suya, la que le parecía también como otra patria, más alta aún que aquélla, y por la cual creía dulce luchar y sufrir, como los antiguos caballeros, y como los ascetas que despreciaban lo humano para mejor pensar en lo divino. Por su Dios y por su patria luchó Jacinto Verdguer, no

riñendo continuamente ruidosas batallas, sino con la suave predicación del ejemplo, con la robusta convicción del que afirma porque está seguro de lo que dice, y al hacerlo fué fiel al espíritu de la mayoría de su raza, que reconoció en él al verbo de sus históricas cualidades.

Todos sabemos algo de los años juveniles de aquel poeta, que yo me imagino de buen grado corriendo á pie descalzo sobre los rastros, como se ha dicho; que llevaba en las venas la roja sangre del labriego catalán y ciñó con orgullo sobre la frente inspirada la clásica *barretina* que hoy desdeñan los mismos que debieran ostentarla como un honrado distintivo de su clase; todos sabemos algo, también, de aquel modesto y digno sacerdote que llegó á adaptarse á la ciudad, á su querida Barcelona, hasta el punto de cantarla como á una madre amorosa, de la cual se adoran el pasado y el presente, deseándole el más hermoso porvenir. Todos sabemos, aunque más bien deseamos olvidarlos como algo triste, hondamente trágico, digno de respeto y no de malsana ó vulgar curiosidad, los últimos años del poeta, llenos, como los de otros tantos, de pesares, de íntimas luchas que interrumpen la serenidad del que atiende más á lo espiritual que á lo material de la vida, á fuer de místico sincero, de alma ingenua, primitiva; y le vemos desaparecer de entre nosotros poética, melancólicamente, rendido el cuerpo, pero inmensamente abiertos los ojos á una luz mayor que la escasa que puede llegar á la retina del hombre que piensa y siente como pensaba y sentía él. Un artista que muere es siempre un vencido en la lucha con su arte; es un ansioso de belleza y de perfección, para quien los años de su vida son siempre círculo harto estrecho dentro del cual no logra moverse con toda la amplitud que deseara, porque, para esos sedientos de ideal, el néctar que codician se les escancia en un vaso harto pequeño. No lo fué, para sus admiradores, el de Verdguer; pero debió de serlo para él mismo, aun en medio de las satisfacciones del deber cumplido y de la gloria lograda á fuerza de trabajo honrado, digno, severo, realizado en la soledad, para salir, después, de ella, yendo á triunfar sin dificultades entre el bullicio de las gentes.

La Atlántida, Canigó, los Idilis y Cants mistichs; las hermosas líricas que, sueltas ó agrupadas en poemitas, sobresalen del conjunto de sus obras, no son flores de un día nacidas en un instante y en otro instante muertas; flores oficiosamente elogiadas

por lo que pudieron llegar á ser ó por su exacta correspondencia con lo que alguna moda pasajera exige en un momento dado. Son de cepa clásica; prescindien á veces de lo actual, hasta el punto de llamarse épicas cuando lo épico es desdeñado; de llamarse odas cuando se decía ya que éstas no debían escribirlas los que quisieran ser hombres de su tiempo; de llamarse místicas, ya desde aquellos años en que el misticismo parecía haber muerto á manos del materialismo. Esas obras de Verdaguer no visten á la moda del día; pero pregunto yo ahora: ¿es que vistieron alguna vez á la última moda del momento en que fueron producidas? Verdaguer pareció decirse á sí mismo y decir á los demás: la moda soy yo, y, efectivamente, impuso lo que quiso imponer, y hubo en Cataluña una época verdagueriana, que tenía su razón de ser, no, precisamente, en tal ó cual dirección análoga de la poesía extranjera ó de la poesía castellana que privaran entonces, sino en el deseo, en las aspiraciones, en los estudios personales de Jacinto Verdaguer, que no sentía el menor afán de dejarse guiar por el último libro nuevo que acabara de salir de las prensas en los grandes centros literarios, sino por algún clásico olvidado ya de las generaciones jóvenes, por algún moderno de los que querían remozarlos en nuestro tiempo, ó por la gran maestra de todos los poetas de verdad: por la humilde, fresca é ignorante campesina que se llama la poesía popular. Decidles á ésta ó á los clásicos, que han pasado de moda, y os contestarán altivamente, con el mudo lenguaje de los hechos, que ellos no mueren, que ellos son inmortales, y que cuando nosotros, los que queremos ser hombres del día, hayamos terminado todas nuestras discusiones, siempre veremos por encima de nuestras preocupadas cabezas de estéticos, de teorizantes, asomarse sonriendo la de un griego, la de un romano, la de un hombre de otra época, ó sencillamente la despeinada cabecita de la tosca hija de un labriego, para decirnos: la poesía soy yo, y vanidad de vanidades son todos los artificios que inventáis para encauzar lo que no admite cauces, para aprisionar en pretenciosa redoma lo que no es más que un perfumado soplo que flota sobre el mundo, como la alegría: sólo cuando Dios quiere.

Demos gracias, pues, de que en Cataluña naciera y viviera un poeta como Verdaguer en cuyas obras pueden hallarse no sólo tantas bellezas, sino tantos gérmenes, tantas indicaciones, tantos anhelos de grandeza para su tierra y para su idioma, pa-

recido en esto, como en varias cosas, á otra gran figura solitaria de las letras: á Mistral, que nació para difundir hasta entre los indiferentes su amor á Provenza, y que une á sus méritos puramente literarios el de escribir en una lengua que, él mejor que nadie, puede llamar propia, puesto que ha contribuido grandemente á darle vida y fisonomía características. Comparad lo que era la lengua catalana antes de Verdaguer con lo que ha llegado á ser después, y cuando la uséis en vuestros escritos mostrando afán de depurarla, ya dándole aires clásicos, ya matizándola con las frescas y bellas flores traídas de los campos y de los montes, acordaos del maestro que os precedió y no mentéis su nombre más que rodeado del incienso, del respeto y del agradecimiento, porque hombres como Verdaguer no son como esos puentes sin importancia que una vez pasados se olvidan, sino que quedan como magníficos monumentos del ingenio y del esfuerzo humanos, tan útiles para los demás como bellos por sí mismos, y con derecho, por lo tanto, á reclamar siempre del viandante una mirada de admiración, aun después de dejarlos ya á su espalda.

Quizá las generaciones nuevas sean actualmente parecidas á ese viandante que necesite volverse hacia atrás para mirar la figura literaria de Verdaguer; quizá su lenguaje, su retórica, sus ideales, no sean exactamente los de los hombres nuevos; pero pecado de ingratitud é inconcebible ligereza sería creer que el arte se reduce sólo á lo que más se aviene con nuestras ideas del momento, cuando es lo cierto que nada hay perdido en la serie de esfuerzos del entendimiento humano; que todo hombre tiene sus predecesores; que el hoy es siempre hijo del ayer, hasta cuando parece que se complace en contradecirle y en diferenciarse de él. En el mismo Verdaguer hay la semilla de un pasado próximo, de la cual emerge una planta que va modificándolo en parte, y en parte lo repite. No se llegó en un día á esa flor que tantos han celebrado y que por tendencia natural convertimos en símbolo á fuerza de admirarla en un momento dado: en todos esos hombres favoritos de la fama hay siempre los ocultos colaboradores, que si unas veces es preciso buscar en lejanos tiempos, otras se ofrecen pronto á nuestro alcance entre los mismos que les rodean, tengan ya un nombre bien conocido ó confúndanse entre la gran masa del público. El autor de *La Atlántida* fué contemporáneo y amigo de varios de los más ilustres escritores catalanes y castellanos, siendo indudable que de

los primeros, principalmente, recibió, además de las influencias personales, el legado que todo artista, todo pensador, transmite por misterioso modo á sus sucesores en el mundo intelectual. No hay siempre transmisión ó enseñanza directa, pero sí la inevitable asimilación de los elementos de vida que nos rodean, acumulados por otros en beneficio nuestro. Y Verdagué bebió en las fuentes de los iniciadores del catalanismo literario: fué compañero de los Rubió y Ors, de los Milá, de los Aguiló, á quienes se parecía intelectualmente, y lo fué también de otros de quienes difería mucho más, entre los cuales hay que colocar á los que comenzaban ya á poner en práctica un catalanismo que no sin asombro y temor veían surgir lós de la antigua generación.

En nuestro poeta-sacerdote parecían concretarse y tomar forma, más resplandeciente que nunca, todos los anhelos de los iniciadores de un movimiento literario que participaba de muchas ideas de una época en que á la literatura se unían también aspiraciones de mayor trascendencia social; pero al lado de la moderación de unos y de sus tradicionales afirmaciones de carácter ético, religioso, histórico, filosófico y aún político, encendían también los aires las llamaradas amenazadoras de otros, que deseaban ahogar entre el estruendo del combate las plácidas y serenas voces que ya no interpretaban por entero todas las impacencias y ardores juveniles, todas las audacias y las ansias de novedades que parecían estar como latentes en la nueva atmósfera que se había ido formando. Yo he visto á Verdagué mostrarse temeroso ante algunas de esas audacias, aun ciñéndose á la esfera más tranquila y menos grave de lo literario; pero paulatinamente ir incorporando á su credo estético, no sin fundirlas antes en su propio crisol, ciertas novedades que al fin contribuyeron á dar mayor riqueza y variedad á su caudal poético. La poesía más esencialmente moderna (como algunas de las *Flors del Calvari* y de otros de sus últimos libros); el poema mitad lírico y mitad épico, que algo tiene de romancero, y que está compuesto, según la frase de Heine, de un collar de perlas á las que se les ha retirado el hilo que las unía, fué entrando poco á poco en el creador de poemas á la antigua usanza, hasta llegar á acabar con él é inspirarle obras como *La llegenda de Montserrat*; *Lo somni de Sant Joan*; *Sant Francesch*; *Jesús infant*; *Santa Eularia*, y algunas paráfrasis ó traducciones en que se nota siempre el atisbo, la adivinación, de lo que verdaderamente ha venido á constituir la forma más moder-

na de la poesía. Sin dejar de ser él mismo, pudo atraer así Verdaguer á los hombres de generaciones muy distintas, hasta el punto de que desde los más ancianos hasta los más jóvenes de sus lectores pudieran escoger entre sus innumerables versos los que mejor se avenían con sus gustos artísticos, con sus tendencias de escuela. Y este es uno de los signos característicos de los grandes productores de belleza, que son también, casi sin notarlo, como unos grandes condensadores de los gustos y de las ideas que han podido influir en ellos durante su vida, que han podido penetrar en su cauce natural sin desviarlo demasiado ni privarle del carácter que á toda costa desean conservar.

El legado que recibió Verdaguer de sus predecesores en el catalanismo literario creo que bien puede calificarse, sin ofensa para nadie, de algo tímido y vacilante, de algo cantado á media voz, ínterin surgía la que estaba llamada á imponerse á todas no sólo por el raudal de la inspiración, sino por el resonante éxito alcanzado aquí y fuera de aquí, que también esto presta autoridad y fuerza á los artistas. Mucho se había escrito, pero faltaba la obra poética popular de gran vuelo que pudiera presentarse en un momento dado como cifra y compendio de lo que podían llegar á ser la inspiración y la lengua catalanas en manos hábiles, tan aptas para dar fe de robustez como de exquisita suavidad y elegancia, tan cargadas de dones propios y aprendidos, al escribir habitualmente en verso, como al hacerlo de cuando en cuando en prosa magistral, distinta de la que estamos acostumbrados á ver cada día. Ya no se trataba de algo en que la malevolencia pudiera ver tan sólo reflejos de los antiguos trovadores ó de Lamartine, Víctor Hugo y Zorrilla, por ejemplo: es decir, de lo que en todas partes se hacía y no diferenciaba gran cosa, ante los ojos de los autores castellanos, á la poesía catalana de la suya propia. Aparecía con Verdaguer una dirección nueva, una poesía épica, que no nacía muerta, sino llena de vida, cuando de ese género de poesía no podía enorgullecerse entonces grandemente la literatura castellana; y sólo algún crítico se esforzaba, más en privado que en público, en hallar semejanzas entre la inspiración de nuestro poeta y la de Víctor Hugo ó de Zorrilla, como por no perder la costumbre. Después, con los *Idilios* y *Cantos místicos*, el empeño de buscar semejanzas fué ya mucho más fácil y tenía mayor razón de ser, porque la fuente del misticismo de Verdaguer ¿cómo no buscarla en los grandes místicos castellanos, si, realmente, en su lectura

estaba versado el poeta catalán, amándolos profundamente, aunque no fueran ellos, ni con mucho, sus únicos maestros? En cambio, la inspiración de las *Flors del Calvari*, por ejemplo, que á mí me ha parecido siempre esencialmente moderna, no creo que sea tan fácil de confundir con los usuales modelos de la poesía castellana.

Prolongóse la vida de Verdaguer lo suficiente para que viera ya en Cataluña la rápida modernización de su literatura, y, sobre todo, de su poesía, y si al mirar hacia Castilla se hallaba con que era el contemporáneo de Núñez de Arce y de Campoamor, también lo fué de Bartrina, de Mathéu, de Mestres, y, en los últimos años, de Maragall, el más radical como reformista; de toda una serie de poetas líricos, para no hablar de los novelistas y dramaturgos, que al lado de la ortodoxia literaria de sus primeros maestros parecían unos heterodoxos que iban preparando una evolución, tal vez, al principio, hasta sin darse de ello verdadera cuenta; pero que se hace preciso recordar y que debe estudiarse (1). Hoy se ha ido ya tan lejos que lo que veinticinco ó treinta años atrás parecía audacísimo no merece más que una mirada de conmiseración á nuestros reformadores artísticos de última hora; pero ¡qué le haremos!: ese es el mundo, y consolémonos pensando que los que ya no somos jóvenes acaso sonreíamos también con análoga petulancia cuando nos hablaban de los viejos.

Yo recuerdo aquellos tiempos en que Revilla saludaba la aparición de *La Atlántida* mezclando grandes elogios con desmedidas censuras; en que Menéndez Pelayo, atento siempre al desenvolvimiento del genio de Verdaguer, no hallaba inconveniente en repetir á sus amigos, con absoluta convicción, que, por sus dotes naturales, era aquél, entonces, el primer poeta de España; y en una literatura en que se discutía apasionadamente, ya sobre la dramaturgia de Echegaray, ya sobre el naturalismo francés, en plena boga allá por los años de 1880 y siguientes, la figura del sacerdote catalán, llena de idealismos y de rasgos característicos de otras épocas, se destacaba solitaria,

(1) No es difícil convencerse de que Verdaguer atendía á esta evolución si se sigue paso á paso la serie de sus obras, hasta llegar á algunas de sus últimos años, fijándose aún en simples pormenores de ciertos versos suyos que, sin duda, no hubiera escrito así en sus primeros tiempos; pero independientemente de estas pruebas que puede proporcionar una cuidadosa observación, tengo también el convencimiento moral, engendrado por el recuerdo de conversaciones suyas y por la misma modestia con que admiraba las obras ó la cultura ajenas.

con fortaleza de roca incommovible, hablándonos de todo menos de las últimas modas. Guardo entre los recuerdos más gratos de mi vida, y perdonadme que os hable de mí, el de unos artículos que publiqué en el más popular de los periódicos madrileños de entonces, dando á conocer á sus lectores la aparición de *Canigó* en 1886, poco tiempo después de haberse impreso este poema (quizá el mejor de los suyos), y traduciendo, además, alguno de sus cantos. Pues bien: puedo afirmar que la sorpresa y la admiración corrían parejas en no pocos lectores madrileños ante aquella poesía tan robusta como desacostumbrada en la Corte, que aún se deleitaba con los versos de Grilo, y parecía creer que no cabía ir más allá de donde hubieran llegado Zorrilla, Núñez de Arce y Campoamor, que con los años habían de ser despreciados con la misma exageración que se ponía en sus elogios. Repasad las críticas de Revilla y veréis, en la opinión que le merece *La Atlántida*, algo tan extremoso, tan terminante, que no se dijera otra cosa sino que Verdaguer era para él una especie de bárbaro forzado é inelegante que aparecía de pronto ante los maravillados ojos de un heleno. ¿No habíamos convenido en que «la poesía épica ha desaparecido, probablemente para no volver jamás?» ¿Pues por qué se nos presenta ahora, con toda la ingenuidad de un estudiante de retórica, de un niño, un poema en que «se pretende rejuvenecer las formas y elementos de la epopeya antigua, eligiendo, además, para la obra un argumento anacrónico y nada interesante?»

Esto viene, en definitiva, á preguntarse Revilla con aire displicente, y no sin ciertos asomos de razón, á pesar de lo desagradablemente que puedan sonar en nuestros oídos algunas de sus palabras; pero el crítico olvidó en aquel caso que los grandes poetas saben hacerse perdonar de sobras semejantes atrevimientos á fuerza de admirarnos con lo alto y sostenido de su vuelo. El mismo lo reconoce al escribir: «fantasía brillante y poderosa, llena de plasticidad y colorido; inventiva rica y variada; inspiración espontánea, potente y entusiasta; fuerza extraordinaria de concepción: tales son las cualidades que constituyen el numen poético del Sr. Verdaguer. Luego le proclama «admirable en las descripciones; gráfico, atrevido y grandioso en las imágenes; vivo y animado en la narración, elocuente en el estilo, castizo y algo arcaico en el lenguaje, brillante, abundoso, rico en su versificación sonora y grandiosa...» acabando por afirmar que «es uno de esos maravillosos artistas de la for-

ma que saben dar á la poesía los colores de la pintura y las armonías de la música, mostrando hasta que punto puede el lenguaje humano trocarse en espejo fidelísimo de la realidad y en verbo magnífico de lo ideal. Bajo este concepto, dice, la *Atlántida* es un gran monumento poético y una legítima gloria de la literatura catalana». Al lado de esto, cuanto añade después en contra, resulta inútil. La inesperada aparición de un gran poeta que maravilla á los hombres de su época está ya anunciada, y la literatura castellana se mantiene fiel á esta primera impresión de respeto hasta largos años después, en que la condensa para manifestarla noblemente, no ya sólo con palabras, sino con actos memorables.

He querido desenterrar aquí este curioso artículo de Revilla (más significativo que otros, puesto que no procede de ningún crítico catalán, ni de persona afecta á las ideas que Verdaguer representa) porque el modo como de él habló un ilustrado escritor francés podría hacer suponer que sólo censuras contiene, y precisamente á la época hay que atribuir la mayor parte de las mismas. Se creía entonces que la poesía épica había muerto, como si fuera esto un descubrimiento que acabara de hacerse, y se afirmaba, entre otras cosas, que había muerto á manos de la novela, único poema épico de los tiempos modernos, así como más adelante se fué ya más lejos y llegó á preguntarse en el Ateneo de Madrid, con gran indignación de Campoamor, si la poesía, en general, no era un género llamado á desaparecer. Y, sin embargo, no desapareció, como tampoco desaparecieron el romanticismo, que se daba por muerto y enterrado, ni el idealismo y aun el misticismo. Todo esto, tan desacreditado entonces, ha constituido precisamente la bandera de combate de las últimas generaciones, y en pleno París los mejores de entre la juventud intelectual han adoptado posteriormente, como de última moda, los trajes, las posturas, que poco tiempo antes se quisieron retirar para siempre, lanzándoles el temible calificativo de *anticuado*. Hasta el clasicismo ha vuelto, aunque interpretado de un modo completamente á la moderna, y después del empeño de declararnos decadentes ha venido el de admirar ya á clásicos algo olvidados en otros tiempos, ya á los griegos, que ayer, como quien dice, parecían reservados á los eruditos y hoy constituyen el ideal de meros artistas y aficionados, no sólo en el campo literario, sino en otros, llegando á influir hasta en las costumbres.

¡Cuántas mudanzas del gusto y del pensamiento se han verificado en España y fuera de ella desde las últimas décadas del siglo XIX hasta lo que va del actual! De buena parte ha sido testigo Verdaguer; pero, aunque fuera aventurado decir que las conoció seriamente, tampoco sería muy discreto afirmar que pasaran ante él sin que ni un grano de la polvareda que levantarán llegara á posarse sobre sus hábitos. Más ó menos indirectamente se enteraba el poeta de la marcha del mundo; pero antes con la piedad del hombre y del místico que tiene ya su criterio formado, que con las ansias de novedad de ciertos espíritus jóvenes é inquietos. Su verdad estaba en Cristo y en la ortodoxia artística: no en las revoluciones del pensamiento ó del gusto, revuelto mar del que sólo podía coger las gotas de agua que cupieran en una de las conchas de su hábito de peregrino. «Me han hablado de tal autor moderno recomendándome que lo leyera, porque puede servirme», le había oído decir algunas veces, y, leyéndolo ó no, Verdaguer continuaba siendo el mismo de siempre en lo esencial: el hombre que conocía sus clásicos preferidos; el hombre de la época de Mistral en Francia; de Carducci, en Italia; de Menéndez Pelayo y de Milá en España, todos enamorados del clasicismo, aunque cada uno á su manera; el inspirado que *adivinaba* más bien que *sabía*; el espíritu campesino que no aceptaba las novedades hasta estar bien comprobadas; el escritor cauto que lima y pule la frase; el sacerdote que enfrena y aquilata su pensamiento en los mejores años de su vida, hasta que la fuerza de uno de esos cataclismos que todo gran espíritu puede sufrir le arranca gritos que contrastan con su habitual modestia y su correcta mansedumbre.

Yo que no gusto de acercarme á Fray Luis de León, ni á Santa Teresa; ni á otros muchos, con ciertas curiosidades que me parecen una profanación, no acierto á imaginar otro Verdaguer que al que conocí de joven: al sacerdote humilde, aunque no exento de varonil carácter, que sobre el alto y duro cuerpo lleva severamente el hábito sacerdotal, como una toga que dijérase que él contribuye á ennoblecer con el prestigio de su nombre, y que á pesar de verse continuamente admirado y aplaudido, se inclina amable y afectuoso ante los que son menos que él, rechazando los elogios como si no los mereciera, con aquel ademán suyo tan característico de apoyar la abierta mano sobre el alzacuello é inclinarse sonriente, pronunciando las palabras, poco usadas, de *igrans mercès!* Como la primera parte de su vida

me interesó, desde el aspecto literario, más que la segunda, llena de penalidades y forzosamente desnuda de serenidad, así en su obra total distingo entre lo que considero como un primer período ascendente y otro de descenso, de inevitable decadencia, en que tal vez coincidan la del cuerpo y la de la fuerza de imaginación, y hallo triste que precisamente entonces, cuando se ven las sangrientas heridas del hombre, sea cuando se le acerque más la multitud, tal vez con el secreto designio de contemplarlas y discutir las; hallo triste, además, y faltado de buen sentido, que se desentierre de él lo mediano para colocarlo al lado de lo excelente, como si lo grande nos estorbara y sólo lo pequeño estuviera á nuestro alcance, ó no supiéramos distinguir entre lo uno y lo otro.

Pidamos paz para el hombre y constante enaltecimiento para el poeta, porque lo más humano que haya en él ha de resultarnos, al fin, á fuer de tal, tan viejo como Job, tan viejo como el mundo, lleno de ingratas realidades, y la chispa divina que hubo en su espíritu y le diferenció del vulgo, la que marcó una etapa importantísima en el ambicioso vuelo emprendido por la poesía catalana, esa, por patriotismo y por justicia, hay que levantarla bien alta, como uno de aquellos faros que marcan el camino seguido; que enseñan, también, lo mucho que hay que luchar aún para llegar á esos puertos del arte en que á pesar de los más opuestos vientos puede reposarse sin gran temor al naufragio. Hoy nuestra juventud busca refugios bien distintos de los de antes: ¡que sean para ella, al fin, tan seguro abrigo como los tradicionales, para que no pueda decirse que la historia decae ó se interrumpe á veces! Pero en la posición que adopten los hombres del presente y los del futuro dentro de la evolución poética moderna, iniciada en la poesía de Cataluña, no hoy, como algunos creen, sino hace ya bastantes años, en la época de Verdaguer, y aun por él mismo, en parte, el modo más seguro de lograr que la historia no se interrumpa es edificar sólida y correctamente, para el porvenir y no para el efímero momento actual, porque ante lo pasajero de todas las escuelas sólo hay algo que parezca eterno: lo que es bello independientemente de las condiciones de lugar y de tiempo: lo que lo mismo nos encanta en la Biblia ó en Homero que en el más reciente de los poetas de hoy.

HE DICHO.

El *Institut d'Estudis Catalans* posee la preciosa colección de los manuscritos originales de las obras de Verdaguer, y entre los volúmenes que forman dicha colección hay varios con el rótulo de *Obras póstumas*. He aquí los títulos de las distintas carpetas incluidas en estos volúmenes, que la bondad del *Institut* me ha permitido ver, y merecen por sí solos un estudio aparte, que tal vez intente algún día:

1. — Càntic dels càntics.
2. — Els pobres.
3. — Els Sants.
4. — Perles del llibre d'amic e d'amat.
5. — Colom.
6. — Rondalles.
7. — Espines i flors.
8. — Flors de montanya.
9. — Poesies.
10. — El trovador. Espines.
11. — Idilis.
12. — Càntics (I)
13. — Càntics (II)
14. — Canigó.
15. — Calvari.
16. — Aires del Montseny.
17. — Roser de tot l'any (I).
18. — Roser de tot l'any (II).
19. — María.
20. — Cansons populars.
21. — Adagis.
22. — Estudis i notes.
23. — Varia (I).
24. — Varia (II).
25. — Varia (III).
26. — Varia (IV).
27. — Varia (V).
28. — Varia (VI).
29. — Varia (VII).

Algunas de estas obras han sido ya publicadas en la colección de las póstumas de Verdaguer, iniciada por la casa editorial *L'Aveng*.

CONTESTACIÓN

DE

D. Federico Rahola y Tremols

Señores Académicos:

Tarea muy grata para mí es la de contestar al bello discurso de D. Ramón D. Perés, en el acto de su recepción en nuestra Real Academia de Buenas Letras, porque correspondo á la vez á los deseos de un buen amigo, y renuevo los lazos que me unen á un antiguo compañero, con quien hice mis primeras armas periodísticas. Recuerdo aún que era un adolescente cuando comenzó á darse á conocer, cosa rara, por lo que exige mayor madurez de juicio y conocimientos sumos; esto es, por sus ensayos críticos, de suerte que se nos apareció antes el crítico que el poeta.

No deja de ser admirable ver como florecen en un mismo entendimiento el censor y el artista, el crítico y el poeta, dos vocaciones que suelen ir por distintos senderos, produciendo libros de análisis como *A dos vientos* y *Bocetos Ingleses*, al mismo tiempo que volúmenes de poesías tan vibrantes, por lo mismo que son vividas, como *Cantos Modernos*, *Norte y Sur* y *Musgo*. En ambos campos que parecen antagónicos sobresale Perés, revelando en sus pareceres y en sus rimas un gusto exquisito y un temperamento equilibrado, cualidades que son, puede decirse los puntos de coincidencia de sus opuestas inclinaciones espirituales.

Nacido en la Isla de Cuba, de padre catalán y madre americana, pero hija también de catalán, pasa aquí su infancia, se forma en nuestra Universidad y completa su educación por medio de los viajes, adquiriendo una cultura clásica y moderna que no le impide ser muy catalán, aun cuando escribía en castellano la mayor parte de sus obras. Al ejercer de crítico da á conocer, fuera de Cataluña, las obras de nuestros escritores, y en esta ciudad vive en relación íntima con los poetas y autores catalanes, actuando, en momentos determinados, como impulsor de nuestra evolución literaria, dirigiendo dos años una Revista tan significada en nuestro movimiento literario como *L'Avenç*, haciendo sentir en la juventud el influjo de su criterio. En todos sus escritos y poesías se descubre la huella de su naturaleza catalana, que se trasparenta en la obra de muchos pensadores nuestros, desde Balmes á Pi y Margall, al través del idioma ajeno, y así puede notarse en los muchos y variados artículos que ha publicado en los periódicos *La Vanguardia* y el *Diario de Barcelona* y en las Revistas de Madrid, *La Lectura* y *Cultura Española*.

Hay algo en Perés que admiro tanto ó más que su inteligencia, y es su voluntad. Cuando su nombre era ya de todos conocido, y sus escritos más solicitados, de pronto desaparece de la escena y sus artículos no figuran ya en los periódicos. Encuéntrolo casualmente un día, y lamento su inacción y su silencio, saliéndome entonces al paso, con asombro mío, un Perés inédito, completamente ignorado; el Perés campesino.

Mi excelente amigo, ante sus viñedos devastados por la florera, abandona durante largas temporadas la ciudad, renuncia á los halagos de la gloria literaria, y se va á su masía para rehacer lo destruido y replantar la viña muerta. Y así pasa algunos años, sin más preocupación que la de rétoronar la vida al suelo yermo, de hacer resurgir las cepas en aquel terreno tan sólo apto para la viña, triunfando al fin, tras de los innúmeros tanteos, luchas y sacrificios que tan ruda labor imponía.

Durante aquellos años, completamente absorbido por la tierra, dejó casi de ser literato á los ojos del público, por más que sus aptitudes de crítico y poeta encontraron adecuada aplicación en aquella tarea ímproba, que consentía la observación sutil del crítico, y emanaba la fruición inefable del poeta.

En sus experiencias, en sus intentos, y al medir la eficacia de los resultados, pudo aprovechar Perés su talento analítico y

observador, contrastando sus ensayos con la fuerza de la realidad, mientras por otro lado pudo gozar con la hermosura de la vida rehecha, de la alegría renaciente, con la verdor de los viñedos, que era una poesía palpitante, en una palabra, con la complacencia íntima del creador de vida y de belleza, que es el goce supremo del artista.

Sin querer asocio este episodio singular y bello de la vida de Perés con la obra poética de nuestro Mosén Cinto, quien fué un restaurador, un mágico replantador en el campo de nuestro idioma completamente destrozado y estéril.

La decadencia de Cataluña, arrastrada por la caída honda de España, fué, si cabe, más espantosa, porque nosotros llegamos á perder lo que es el signo de la nacionalidad y el matiz del alma; el idioma; mientras que Castilla lo conservó y propagó á otras tierras. Nuestro idioma, que en otras épocas alcanzó proporciones y fulgores de los que no tenemos idea, por haberlos dejado caer en olvido mortal, siendo hoy desconocidos aún de nuestro pueblo, en espera de las manos excavadoras que han de exhumar su brillo; nuestro idioma, digo, fué poco á poco destruido de nuestro gobierno, de la iglesia, del comercio, siendo substituído por el castellano, que comenzó por invadir el hogar de las familias aristocráticas y acabó por dominar en las ciudades. En literatura quedó condenado á las improvisaciones chocarrerías, verdaderas hierbas salvajes en el campo yermo, llegándose al extremo, cuando se le admite en la literatura, de emplear un catalán híbrido, que consiente escribir poesías que son castellanas ó catalanas, á gusto del lector (1).

Para encontrar el idioma salvo todavía, hay que acudir al pueblo y á los lugares aislados y remotos; allí todavía resiste la acometida y se defiende con brío del invasor, manteniendo los gérmenes que han de esparcirse más tarde por todo el Principado, dando origen al renacimiento de nuestro lenguaje con esplendores literarios no presentidos.

(1) Soneto bilingüe castellano y catalán á un tiempo, escrito al partir de Barcelona los Reyes Carlos IV y María Luisa, y la familia real, después de verificado el enlace del Príncipe con la Princesa de Nápoles D.^a María Antonia en 1802.

En aquellas circunstancias fué escrito en catalán, sin nombre de autor, un «Epitalami a las Reals Bodas dels Serenissims senyors príncep y princesa de Asturias D. Fernando y doña María Antonia y dels Serenissims senyors príncep y princesa de las dos Sicilias D. Francisco y D.^a Isabel. — Con Licencia — Barcelona: En Casa Thomas Gorchs Llibreter».

Este epitalamio, como aquella poesía, están en un volumen que poseo, adquirido en una feria, en el cual se contienen varios papeles y folletos muy curiosos relativos á la entrada de los citados Reyes y Príncipes.

Jacinto Verdaguer, en toda su obra, revela el afán del campesino que ha visto desaparecer las plantaciones que embellecieran su tierra, y que acomete con efusión la labor reparadora, encontrando el terreno y los planteles preparados ya por algunos entusiastas delanteros.

Verdaguer llega de los apartados valles y montañas, refugio de los vencidos, desde donde comenzó en otros siglos la reconquista del territorio, y con él avanza triunfador el idioma, en aquellos rincones amparado. Con las palabras, muertas en el llano, allí vivas aún; con el espíritu del lenguaje erguido á su conjuro, con el empuje del agua que recupera su cauce, Verdaguer, acaudillando el idioma, reconquista el terreno, siembra á su paso, y las palabras inertes vibran, las voces muertas se levantan, y las incoloras adquieren súbito brillo.

Al estímulo de sus grandes creaciones poéticas, poco á poco el idioma se enseñorea otra vez del territorio, de tal manera que *La Atlántida* que, cuando vió la luz, resultaba casi ininteligible para el pueblo, hoy es de fácil comprensión para todos.

Es un repujador que bate en el hierro frío relevando la materia lisa; es un minero infatigable que penetra en las entrañas del pueblo en busca de tesoros de poesía y de expresión; es un moldeador que embellece la masa informe con sus manos modeladoras. Como los inmortales forjadores de idiomas, antes de cerrar sus ojos vió la replantación terminada y vislumbró las futuras vendimias. A él deberemos siempre, en primer lugar, que el idioma se haya rehecho, y que la viña nueva llene nuestros lagares de vino propio.

Como él mismo nos cuenta, poco satisfecho de sus canciones y *corrandas*, osó poner las manos en *La Atlántida*, siendo así que vivía arrinconado en una masía del llano de Vich, sin haber visto más tierra que la que se contempla desde una almena de las sierras que la circundan, y conociendo el mar tan sólo por haberlo visto pintado.

Es cosa sorprendente saber que nuestro poeta concibió *La Atlántida* sin haber visto el mar; diríase que llevaba vestigios ancestrales de la impresión que causa la vista de su grandeza (1). Sin embargo en plena mar escribió su poema.

Su salud quebrantada, buscó en los aires del Océano su ali-

(1). Me induce á esta presunción el hecho de haber nacido en Cadaqués el día 8 de junio de 1708 un Jacinto Verdaguer, que tal vez tenga que ver con la genealogía del poeta.

vio, y en el buque, según nos cuenta, las olas mecieron sus poéticos ensueños, haciendo resurgir con sus cánticos y su música las más hermosas visiones de su juventud.

El espectáculo sublime del Atlántico, con los pilares visibles todavía del gigantesco puente roto que uniera los continentes, reanimaron su inspiración para dar cima á su grandioso poema, que llegó á los Juegos Florales saturado de las emanaciones salabrosas del mar.

Con *La Atlántida* quedaba ya consagrada nuestra lengua, y nos hacia dirigir el poeta la mirada á esa América, desde la cual refluieron las energías de nuestro renacimiento material, y en cuyo suelo han de encontrar expansión y nueva vitalidad todos los pueblos de la familia ibérica.

Así como *La Atlántida* es hija del mar, el *Canigó* es la encarnación de nuestras montañas, y fué engendrado en esa Sierra Pirenaica que proyecta sus sombras y sus luces en la mente genial del poeta. En sus páginas resplandece más que en *La Atlántida* la llama patriótica, ya que los orígenes heroicos de nuestra nacionalidad son los que inspiran sus maravillosos cantos, que reflejan de una manera intensa la compenetración de Verdagner con la tierra que le vió nacer, que fué el amor de sus amores.

Perés, en un estudio crítico que publicó de *Canigó* avalorado por una bella traducción del sublime Canto a la Maladetta, nos decía con razón que este poema, construcción menos ambiciosa que *La Atlántida*, era acaso más feliz y sin duda más humano y ardoroso.

Lo que si podemos afirmar que bastaba cualquiera de esos dos poemas para labrar la gloria de un escritor, que hoy asume una sola mente prodigiosa.

Al hablar de ese hombre creador de tanta belleza, Perés, que le conoció en plena serenidad, no quiere acercarse á sus miserias, huyendo de esas curiosidades que, respecto á los grandes artistas, saben á profanación.

Piadosamente implora paz para el hombre y constante enaltecimiento para el poeta, haciendo resaltar que lo que hay en su existencia de humano no es lo que dará brillo á su nombre y será causa de que su obra dure, sino el soplo divino que enardecía su alma.

De las intimidades de los grandes escritores y artistas sólo se preocupan los eruditos y los psicólogos; los demás, al gozar

con su obra, no preguntan el tiempo que invirtiera en su formación ni las amarguras y tristezas que padeció el hombre.

Cuando se lee el *Paraiso Perdido* se olvida por completo la ceguera de Milton, que vió aquellas sublimidades en medio de la noche eterna, y al saborear á Shakespeare no amortigua nuestra emoción la ignorancia en que estamos todavía de su personalidad; así como las angustias de Cervantes no nos privan de reir al leer el *Quijote*; y al admirar los lienzos del Spagnoletto no decrece nuestra admiración por haber conocido su vida desordenada y vituperable.

Lo que hace una obra bella no son las cualidades ó las circunstancias del autor, sino el efuvio imperecedero que emana de sus entrañas, siendo las únicas alegrías y dolores que nos llegan al alma de su vida humana, aquéllos que se infiltran en sus obras con la expresión augusta de la belleza.

Bien hace Perés en querer que glorifiquemos al poeta, porque Verdaguer ha sido uno de esos cantores que ha esparcido pródigo la armonía de sus rimas entre la muchedumbre, que se ha posesionado principalmente de sus poesías patrióticas y místicas. Verdaguer es, y será más todavía, un poeta popular.

No sé por qué, si por desdén á la poesía ó por las hondas preocupaciones de nuestra edad, es lo cierto que el poeta, en el hondo sentido nacional, no labra actualmente con sus estrofas la vida ideal de las naciones. Aquellos poetas que tenían algo de los viejos bardos, como Victor Hugo, Zorrilla, Tennysson, que encarnaban el alma de sus pueblos, cuyas estrofas eran patrimonio de todos, circulando como oro sonante entre la multitud, no han tenido herederos.

Si preguntáis á un hombre de cualquiera de las naciones de nuestros días ¿cuál es, ahora, vuestro poeta? quedará sin respuesta. Os citarán poetas que hacen maravillas de forma ó sutilezas admirables de pensamiento, cuyo nombre el pueblo ignora y que están muy lejos de su corazón.

Y es de creer que el moderno pesimismo social ha encontrado ambiente propicio en esa falta de poesía colectiva cuyo acento ardoroso temple para una vibración unísona todas las almas.

Esto me lleva como por la mano á repetir lo que dije á Perés, glosando la simbólica poesía de su libro *Norte y Sur* en la que nos pinta al bardo arrojando la copa al suelo, después de haber cantado la última estrofa. ¡Ay de la humanidad si nadie

la recogiera otra vez para avivar la fantasía, y aliviar al espíritu, ligado á las ferezas de la realidad mundana!

El pueblo, sin poetas que le ayuden á olvidar sus miserias, sin creencias y sin ensueños, contempla cada día más lúgubre la realidad de las cosas y siente mayor la infelicidad de la vida, extinguida en el alma la lumbre de la idealidad.

HE DICHO.